



ROBERT SHECKLEY

HOMBRE AL AGUA

Dos hombres se encuentran solos en un velero inmovilizado por la bonanza en el Mar de los Sargazos, a medio camino entre St. Thomas, de donde ha partido, y las Bermudas. Uno es un viejo lobo de mar, duro y astuto, el otro un joven sin carácter, débil y pusilánime que sólo aspira a demostrar que no es una nulidad. Su problema consiste en cómo demostrarlo. Y para ello, su mente enfermiza sólo concibe un camino: el del crimen. Sin embargo, para cometer un asesinato hace falta algo más que el deseo de ejecutarlo. Sobre todo cuando la realidad es irreal, alucinante y fantástica y cuando la fantasía puede convertirse en realidad. ¿O es acaso una realidad ofuscada por la fantasía?

Con el mar como testigo, la calma enloquecedora, un sol de justicia y la negrura da la noche, los hechos se descomponen en un mosaico cuyos elementos se trastocan y superponen en una ausencia total de lógica y continuidad.

La alucinante y sobrecogedora historia tiene un ritmo espasmódico que no ofrece tregua al protagonista ni al lector, y cuyo final es de todo punto sorprendente por lo lógico e inesperado a la vez.

Primera Parte

1

Si por lo menos pudiese poner en marcha el motor... Si lo consiguiera, lo habría resuelto todo para siempre. Aquel motor podía ser la vida o la muerte para él. Había de olvidar todos los demás peligros, al menos por el momento: tenía que poner en marcha aquel maldito motor, costara lo que costase.

Dennison se deslizó a lo largo del puente, sin hacer ruido, y descendió por la escalerilla, evitando el tercer escalón, que era inseguro. En la cabina la oscuridad era total. Apartó a tientas la escalera y la apoyó con cuidado sobre una litera. Detrás de la escalera estaba la masa fría e inerte del motor.

Lo primero, los tubos del carburante. El motor había estado parado mucho tiempo y todas las conexiones estaban atascadas.

Dennison tenía que arreglarlas todas, una por una, dejarlas en perfecto estado, si quería que el motor se pusiera en marcha.

Lo primero, los tubos del carburante. Dennison se sentó en el volante y tocó el carburador. Sus dedos hallaron el conducto del carburante y lo siguieron hasta la primera válvula. La abrió, luego se inclinó sobre el motor y siguió a tientas el conducto hasta que llegó a la segunda válvula, cerca del depósito. También la abrió.

Hasta ese momento todo había ido bien. Pero ahora tenía que encontrar la válvula de la toma de agua.

Debía de estar a estribor, detrás del motor, paralela a la bomba de agua. Los contraídos dedos de Dennison rozaron el motor, moviéndose en la oscuridad como las patas de una tarántula peluda, más allá de las bujías, más allá del generador, más allá de la descarga. Dennison avanzó un poco más. Sus dedos encontraron la bomba de agua y siguieron el delgado tubo hasta que hallaron la válvula. Trató de abrirla.

Estaba agarrotada.

Haciendo un esfuerzo por dominar el pánico, ejerció mayor presión sobre la pequeña rueda de acero. La válvula no cedía. Tal vez hubiese podido dominarla con un destornillador, pero a lo mejor se partía. Y ¿por cuánto tiempo funcionaría el motor, sin la refrigeración del agua?

Luego tuvo la sospecha de que había manipulado la válvula en sentido equivocado. Intentó girarla en sentido opuesto y, a los pocos instantes, la válvula cedió.

Hasta aquí todo había ido bien. No tenía que dejarse llevar por el nerviosismo, esto era todo. ¿Qué era aquel rumor?

Era sólo un crujido de las tablas del puente. Calma. Pon ahora en marcha el motor.

Apretó los dientes y se esforzó en recordar lo que seguidamente tenía que hacer. El interruptor de la batería: sí, era eso. Lo encontró hacia babor y lo manipuló. Luego sus dedos tocaron un objeto liso y alargado, un objeto que estaba en el aire y, al tacto, parecía una serpiente. Retrocedió bruscamente y se dio un golpe en el codo con el volante. ¡Una serpiente! Y ¿cómo diablos podía haber subido a bordo? A bordo de una embarcación eran frecuentes las ratas y los escarabajos, pero ¿una serpiente?

Sí, podía suceder. Oyó decir una vez que había subido una a bordo de un buque, que pasó por la toma de agua

que se había quedado abierta. Esta vez podía haber ocurrido lo mismo.

Pero no, la toma de agua estaba protegida por una red metálica; él mismo lo había comprobado. Era posible que la serpiente hubiese subido a bordo por cualquiera de los tubos.

Empuñó el cuchillo y atacó cautamente las tinieblas, allí donde debía de hallarse la serpiente. La hoja dio en algo liso que retrocedió de un salto.

¡Una serpiente!

Era mejor largarse de allí.

Pero la serpiente estaba entre él y la escotilla. Hubiese podido salir a través de uno de los portillos de proa, pero era muy posible que la serpiente estuviera deslizándose hacia él. Tenía que saberlo seguro.

Sacó una cerilla del bolsillo y la encendió. Y la serpiente estaba allí, junto al motor, con la cabeza chata y brillante sobre las espiras del cuerpo negro, presta a lanzarse.

Pero no era una serpiente. Dennison comprobó que se trataba de uno de los gruesos cables que iban de la batería al motor. Se había desprendido del electrodo y quedado tieso en el aire, negro y retorcido, fijado sólo en el motor. Probablemente se habría soltado mientras la embarcación se balanceaba violentamente.

Fijó el extremo del cable al electrodo. Era demasiado lento.

Necesitaba unas tenazas y una llave inglesa para asegurarlo sólidamente. Pero no sabía dónde encontrarlas. Y el motor ¿se pondría en marcha aunque estuviera flojo un cable de alimentación?

Probablemente no. Tenía que conservar la calma. Por ahí habría unos alicates.

Se le apagó la cerilla y Dennison oyó un nuevo rumor.

Es mi imaginación, se dijo, sudando en la cabina a oscuras, saturada de aire viciado. El encuentro con aquella ser-

piente imaginaria le había despertado de nuevo un feroz dolor de cabeza.

Oyó una driza golpear contra el palo mayor. Algo blando se arrastraba por el puente. Buscó a tientas, y sus dedos encontraron unos alicates. Estaban oxidados, pero aún se cerraban y abrían.

Frenéticamente fijó el extremo del cable. ¡Hecho!

Oyó sobre su cabeza crujir las tablas del puente y las drizas golpear contra el mástil. Las velas restallaron rabiosamente y la embarcación escoró bajo una repentina ráfaga de viento. El foque se tensó de pronto. Pero ya el motor estaba a punto. No se tomaría la molestia de dejar en su sitio la escalerilla: subiría al puente encaramándose sobre el volante. Arriba...

¡Maldición! Había olvidado la palanca del cambio...

La veía mentalmente: una barra de bronce, de unos noventa centímetros de largo y ocho de ancho y de un espesor de un centímetro o poco más, que se colocaba en la adecuada hendidura, en el pavimento de la cubierta de popa. Sin aquella palanca no podría embragar.

¿Dónde estaría la condenada? Por su mente pasaron, fulminantemente, todos los escondrijos de la embarcación, los más extraños. La palanca podría estar en cualquiera. No había esperanzas de encontrarla a tiempo. Estaba perdido. ¡El destornillador!

¡Claro! Estaba volviéndose estúpido. El enorme destornillador podría adaptarse perfectamente a la hendidura, como la palanca de bronce. En algunas embarcaciones se usaba habitualmente un destornillador, en lugar de una barra de bronce, que costaba demasiado. ¿Por qué no lo había recordado en seguida?

Tomó el destornillador y trepó al puente. Una ligera brisa agitaba las velas lo suficiente para hacer crujir los mástiles. La luna, en cuarto menguante, fulgía aún. Bajo aquella luz fría, Dennison escrutó atento el puente, las sombras de

la cubierta de popa, detrás del mástil, incluso hasta el bauprés, detrás del cabestrante.

Todo estaba en orden. El capitán James no había aprovechado la ocasión para subir a bordo.

Ahora bastaba con poner en marcha el motor. Si el motor funcionaba, se habría salvado. Descendió a la cámara y se ocultó tras los mandos. Movi6 la palanca del acelerador a un tercio; metió el destornillador en la hendidura, y se aseguró de que estuviera en punto muerto. ¿Había algo más? ¿Había olvidado algo?

No había olvidado nada. El motor tenía que funcionar. Pero no podía dejar de pensar en todas las averías que podía tener un motor marino: sedimentos en el depósito del carburante, agua en el carburador, baterías casi descargadas, bujías casi consumidas.

Además, había las averías que se producen con menos frecuencia: una bobina suelta, un muelle Bendix agarrotado, atascado los pistones, corroído el relai del arranque, la toma de agua obstruida por las algas...

Decidió no pensar. Tenía que funcionar aquel maldito motor. Conteniendo la respiración, se inclinó hacia adelante y apretó el pulsador de la puesta en marcha.

2

Dennison estaba encendiendo el fuego, cuando vio a dos australianos que subían por la colina. La noche antes había descubierto la pequeña embarcación de dos palos, un toco queche, mientras maniobraba para entrar en el puerto, enarbolando una bandera australiana, tan grande casi como la vela de mesana. Dennison los había observado mientras hacían la policía del puente e izaban la bandera amarilla de la cuarentena.

Ahora los dos estaban subiendo la colina: eran jovencuelos altos y bien plantados. El más alto tenía una gran barba rubia y los cabellos casi blanqueados por el sol: parecía un vikingo. El otro, también más de metro ochenta, tenía los cabellos de color rubio arena, y parecía el medio centro de un equipo universitario. Vestía sólo pantalones cortos y sandalias, y su bronceado era de un color pardo rojizo. Tenían tóraces anchos y vigorosos, y poderosos hombros, bíceps y antebrazos. Ambos trascendían una extraordinaria fuerza física y excelente salud.

Su presencia bastó para intimidar a Dennison, que era un hombre de estatura media y más bien delgado.

—¿Qué hay? —preguntó el barbudo, con voz apacible y aguda que sonaba un poco extraña en un coloso como él—. ¿Te preparas un poco de forraje?

—Colación —repuso Dennison.

—Bueno —dijo el otro—. Frutos del árbol del pan, ¿eh?

—Sí. Y peras.

—En las islas Maurizius vivimos casi exclusivamente de frutos del árbol del pan —dijo el barbudo con su voz aguda—. Una vez tostados no resultan tan mal.

—Y si le echas un poco de zumo de limón encima... —añadió el otro.

—Acomodaos —dijo Dennison—. Pero tened cuidado de un hijo de buena madre que anda por ahí armado de una escopeta. Es el propietario de este terreno.

Habló con el tono profundo y cordial, de hombre a hombre, que usaba siempre con los tipos forzudos. Los australianos aceptaron con un movimiento de cabeza. El barbudo dejó en el suelo un viejo foque que llevaba bajo el brazo.

Dennison le echó una ojeada.

—Me parece podrido.

—Lo está —repuso el bajo—. El sueco iba a tirarlo para que el moho no atacase también a las demás velas. Entonces Alex y yo nos lo quedamos.

—¿Y para qué sirve? —preguntó Dennison—. Se romperá al primer soplo de viento.

Comenzaba a adquirir un levísimo matiz de acento australiano.

—Como vela no vale nada —dijo el bajo—. Pero tiene los anillos de bronce, ¿lo ves? Y un cable de acero inoxidable. Los quitaremos y nos los quedaremos. Y luego, cuando consigamos encontrar un poco de tela resistente, fabricaremos un foque nuevo.

—Bueno —observó cordialmente Dennison—. Sois australianos, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también lo soy, de más allá. Sidney. Port Moresby.

—No me digas —exclamó Alex, el barbudo—. Los dos somos de una tierra a doscientas millas al sur de Wyndham. Una vez estuvimos en Sidney, ¿verdad, Tom?

—Condenadamente ruidosa —comentó Tom.

—Y bonita. Desde niños trabajamos en la cría de ovejas. Es increíble lo que uno se puede aburrir con las ovejas.

—Aburrir mortalmente —dijo Tom—. Por tanto decidimos irnos por ahí a ver mundo, antes de hacer nada. No tenemos mucho dinero, y Alex ha construido un barco.

Alex enrojeció hasta la raíz de los pelos de la barba.

—El barco lo construimos juntos, Tom.

—Yo te eché una mano en la tablazón —repuso Tom—. Pero fuiste tú el que pensó en lo más difícil, y en el ensamblaje.

Eran dos jovenzuelos muy modestos, observó Dennison un poco sorprendido. Si él hubiera sido tan alto, fuerte y musculado como aquellos dos, se habría dado mucho pos-tín.

—¿Y qué tal vuestro barco?

—Muy bien —repuso Alex—. Lo construí sin planos, y he tratado de lograr que se parezca a esas embarcaciones de velas cuadradas que usan los pescadores de perlas. Pero al proyectarlo debo de haber cometido algún error, porque sotaventea un poco y hay que estar siempre con los ojos muy abiertos. Pero quizás una mesana mayor fuera suficiente para arreglar las cosas.

—Hicimos un buen viaje hasta las Mauricius —dijo Tom—. Luego nos detuvimos en la Reunión y después en Durban. Nos hubiera gustado detenernos un poco en Madagascar, pero no teníamos dinero.

—Los sudafricanos fueron muy amables —comentó Alex—. No nos permitieron pagar nada. Nos dieron de comer y ropa. Un círculo local nos pintó gratis la *Monsoon*. El Yatch Club nos regaló una vela de estay completamente nueva. La nuestra ya estaba hecha tiras al sur de Madagascar.

—Casi habíamos decidido quedarnos en Durban —añadió Tom.

—Pero no nos quedamos —replicó Alex—. Teníamos la intención de dar la vuelta al mundo, más o menos, y así do-

blamos el cabo de Buena Esperanza. Luego remontamos la costa occidental de África.

Una parte de costa muy desagradable. Después llegamos a las islas de Cabo Verde.

—Allí la vida es carísima —comentó Tom—. Teníamos en la cabeza la idea de llegar hasta Inglaterra. Faltó poco para que tomásemos a bordo a una pasajera de pago, pero luego cambió de propósito. Así atravesamos el Atlántico y llegamos aquí. ¿Puedo tomar un poco de fruto del pan?

Comieron peras y frutos del árbol del pan, en silencio. Luego Tom dijo:

—¿Port Moresby?

—Sí, en el cuarenta y ocho —repuso Dennison con estudiada desenvoltura—. Huele que apesta. No me gustó nada —añadió con ese leve matiz de acento australiano.

Los dos asintieron. Acabaron de comer y se levantaron.

—Ahora tenemos que irnos —dijo Alex—. Hemos de buscar algún trabajo para ganar unos dólares.

—Es casi imposible —contestó Dennison—. Creedme, lo he intentado.

—Lo sé —repuso alegremente Tom—. Pero lo intentaremos. Echaremos una ojeada a la ciudad y luego nos iremos a pescar. ¿Y tú?

Dennison se encogió de hombros.

—Yo quisiera poder irme de esta maldita isla.

—He oído decir —dijo Tom— que un norteamericano acaba de comprar un queche precisamente aquí. Esa embarcación de quince metros que estaba anclada cerca del muelle de la Guardia Costera. Me parece que está buscando a alguien dispuesto a navegar con él hasta Nueva York.

—¡Nueva York! —dijo Dennison—. ¡Mi ciudad!

—He oído decir que buscaba tripulación —dijo Alex—. Luego volverá al Caribe en busca de pecios sumergidos.

—¿Por qué no va a verlo? —preguntó Tom—. Es el capitán James. Parece que es un tipo bastante pintoresco. Tal vez sea divertido navegar con él.

—Iré a verlo.

—A propósito, esta noche celebramos una fiesta. Un par de amigos nos han ofrecido llevar bebidas. Ve tú con nosotros.

—Iré —repuso Dennison.

—Es posible que vaya también James. Y casi todos los muchachos del puerto. Ve cuando quieras, al anochecer.

—Iré —repitió Dennison—. Buena suerte.

Siguió con los ojos a los dos Australianos que se alejaban con los hombros desnudos, que brillaban al sol como si fueran de bronce dorado.

Ser como ellos...

Dennison suspiró. Se secó la boca con la camisa hecha jirones. Nueva York...

En Nueva York vivía su hermana. Podría conseguir que le prestara dinero, una buena suma. Si se lo pedía por carta no se lo mandaría, pero si iba a pedirselo personalmente, sería distinto. La verdad es que ella no se lo negaría. Y con algún dinero en el bolsillo iría a City Island y encontraría un yate que se dirigiera al sur. O incluso podría volver con James.

Luego, cuando regresara allí con un buen fajo en el bolsillo, las cosas serían distintas. Podría asociarse con James para ese trabajo de recuperación de pecios. Fuera como fuese, tenía buenas perspectivas: un *schooner* para transportar mercancías, una escuela de esquí acuático, la navegación *charter* para turistas, o además un trabajo de recuperación, pero propio. El Caribe ofrecía muchas posibilidades.

Iría a ver al capitán James y aceptaría ir a Nueva York con él. Por fin cambiaba el viento. ¡Menos mal! Después de meses de calma chicha, finalmente sucedía algo. Y así seguiría, se prometió Dennison.

Se levantó, se metió entre los pantalones los jirones de la camisa y decidió ir a la ciudad. Faltaban casi cuatro horas para el anochecer. Mientras tanto podría encontrar algo en

el caso de que James no lo aceptara. En el fondo, era absurdo basarlo todo en la posibilidad de regresar a Nueva York. Quizás encontrase algo mejor. Cuando la rueda de la fortuna gira, suelen presentarse docenas de oportunidades y se puede elegir. La puerta de las buenas ocasiones se abría, y uno se siente entonces de nuevo un ser humano, en lugar de un triste elemento de un paisaje tropical.

Bajó por la empinada y polvorienta carretera que conducía a Charlotte Amalie, pasó ante las barracas miserables de los indígenas, los grandes almacenes de vinos, las tiendas de platería y porcelanas, y llegó a la ferretería de Heikkla.

Había dentro una fresca penumbra. Heikkla estaba haciendo un complicado nudo con un cabo. Lo hacía a menudo, por cuenta de individuos que no eran capaces de hacer bien un nudo. Era flaco y calvo. Levantó los ojos cuando vio a Dennison, y suspiró.

—No tengo nada para ti —dijo inmediatamente—. Ya te lo he dicho.

—No quiero nada —repuso alegre Dennison.

—¿Por qué no te largas de St. Thomas?

—Búscame tú el modo de irme.

—Lo he encontrado —respondió Heikkla—. Hay un pequeño carguero que necesita un primer oficial que pueda trazar una ruta. Primer oficial, piénsalo, Dennison. Zarpa para las islas de Sotavento, con una carga de cemento y madera.

—Sospecho que sería el único blanco a bordo —observó Dennison.

Heikkle se encogió de hombros.

—¿Y qué? Creía que querías irte de St. Thomas.

—Pues claro. Pero no quiero encontrarme en tierra en Santa Cruz o en Antigua. ¿Cómo se llama esa bañera?

—*Lucy Bell*. Ahora está anclada en el muelle de la ciudad.

—Es una idea —dijo Dennison. Ahora estaba seguro de que la fortuna había cambiado—. Lo pensaré. Pero tengo en perspectiva algo mejor.

—¿Qué es?

—Un viaje hasta Nueva York, donde podré hacerme con un buen asunto. En Nueva York tengo amigos. ¿Con quién jugarás al ajedrez cuando yo me haya ido, viejo?

—No hay muchos jugadores de ajedrez en esta isla —repuso Heikkla—. Pero Nueva York... Estamos en octubre, Dennison. Llegará en pleno invierno. He oído decir que hace un frío de perros.

—¿Y qué?

—Tal vez fuera mejor que aceptaras el puesto de primer oficial a bordo de la *Lucy Bell*. Estás en los trópicos desde hace mucho tiempo. ¿Cómo te ha dado la venada de pasar el invierno en Nueva York?

—No es que me tire demasiado. Es ese asunto que me espera.

—Bueno —dijo Heikkla con tono dudoso—. Si estás tan seguro de procurártelo...

—Claro que puedo procurármelo. Precisamente por esa razón quiero irme a esa maldita ciudad.

—Entonces, ¿te vas de veras?

—Sí.

En la penumbra de la tienda Heikkla vaciló.

—¿Estás otra vez sin blanca?

—Sí —repuso Dennison con un vago acento finlandés.

—Toma —Heikkla le dio un billete de un dólar muy sobado—. Echaré mucho de menos nuestras partidas de ajedrez.

—Yo también —dijo Dennison—. Mil gracias. Si cambio de idea y me voy a la *Lucy Bell*, te lo haré saber. ¿Cuándo zarpa?

—Dentro de un par de días, una semana todo lo más.

—Te diré algo. Gracias una vez más.